



«La llamada lucha contra el tráfico de drogas es una hipocresía enorme»

Jueves, 24 de mayo-90

La verdad del narcotráfico

José Agustín Goytisolo

COLOMBIA está, oficialmente, rabiosamente y naturalmente en estado de sitio, pero, como ya transmití ayer, no altera aparentemente el buen talante, que raya en estoicismo, de la mayoría de la población: las procesiones, por dentro, y, por fuera, la música de dinamita y metralletas. En Bogotá, en Cali, en Medellín, se ve a las Fuerzas Armadas patrullar día y noche por las calles. Es un Ejército que se presenta en tres versiones: la original o regular, la antidisturbios y la especial antiguerrillera,

Bogotá y cada una de estas versiones luciendo diferentes uniformes y camuflajes y armados con materiales propios de cada especialidad y hasta las orejas. Se desplazan a pie, en tremendas motocicletas y en pequeños todo-terreno, siempre, como mínimo, en grupos de dos y dos soldados, un grupo a la derecha y otro a la izquierda de la calle, entre llamativos puestos fijos de control.

Si a estos hombres se añaden los efectivos de la Policía Municipal, más vistosa pero también armada, y los cuerpos de vigilancia (Sigue en pág. 18) •••



••• (Viene de primera pág.) lanza autorizados y contratados por asociaciones de vecinos y entidades para defender ciertos barrios residenciales, ciertos edificios podría pensarse que estas ciudades colombianas debieran ofrecer un aspecto semejante a Beirut o Gaza, pero no es así, porque aquí no ha intervenido

aún la artillería pesada ni aviación, y los destrozos de los coches-bombas y de los ametrallamientos, aunque visibles, son puntuales, y no han logrado transformar el paisaje urbano.

En determinadas zonas y en pequeños poblados del país es otra cosa: allí sí que ha intervenido la aviación, con caza-

y ocurre también en amplias zonas de la Amazonía.

Existen centenares de pequeños campos de aviación, camuflados y muy difíciles de detectar, casi todos ellos situados muy cerca o junto a los laboratorios, de los almacenes o inmensos zulos del polvito blanco. Todas estas unidades de producción, stock y transporte están muy bien organizadas y defendidas contra ataques por tierra o aire.

Los llamados narcotraficantes son lo que, desplazándose de Medellín o Cali hacia los centros de manipulación de la coca, traen y llevan órdenes, normas de dirección, recados y avisos de salida de la mercancía al personal de las bases, siempre bien abastecidas de alimentos, combustibles, armas y municiones y emisoras de radio.

Pero los auténticos «barones de la droga» no se mueven de sus residencias de Medellín o Cali, y hasta de Bogotá, como no sea para irse de vacaciones al extranjero y dirigir, desde allí, sus negocios de blanqueo del dinero que les produce la blanquísima mercancía que, por supuesto, ellos no ven ni consumen jamás. Son pulcros hombres de negocios, buenos padres de familia, muy religosos, como es lógico; es decir, gente bien. Sobre todo los del cartel de Cali, formado por unas pocas familias de abolengo, descendientes de grandes terratenientes, de militares y hombres de carrera y renombrados en la historia del país. Estos vigilan y cuidan su prestigio, e incluso el de sus subordinados, mucho más que los hombres del cartel

de Medellín, a los que consideran «nuevos ricos» porque son muy escandalosos y organizan tremendas fiestas y hacen alarde de su dinero fácil.

La llamada lucha contra el llamado narcotráfico es una hipocresía tan enorme que cuesta ver, puesto que ha cubierto como una nube todo el cielo informativo del mundo. Según la versión de la Administración norteamericana, se consideran delincuentes y «extraditables» a los narcotraficantes subalternos colombianos, y no se investiga a sus *capos* o *barones*, y mucho menos a los hombres de negocios, a los banqueros y a los políticos norteamericanos que, en el anonimato más sombrío, pero sin duda respaldado, pagan, sin verlos, los grandes cargamentos de coca que entran en los Estados Unidos, buena coca colombiana que los escalonados esbirros de esas personalidades reparten después por las ciudades yanquis, hasta que a los desgraciados camellos y a los consumidores que, éstos sí, son cazados de cuando en cuando y salen en la prensa libre.

Mientras haya demanda de coca, la coca aparecerá en los Estados Unidos y en Europa, y saldrá de Colombia, de Bolivia, de Perú o del infierno. Y la prohibición encarecerá el producto y hará aumentar el consumo y la ganacia a los grandes, como ya ocurrió con la «ley seca». La única solución, y sé que lo que escribo es asunto de grandes polémicas, será la legalización de la droga, para evitar que el problema personal, el del drogadicto y antes alcoholico, se convierta en un problema social, de corrupción y de muerte.

Edición Nacional

D. Larriol
M. V. O.
D. Larriol
M. V. O.